

Se acabó la última gota de agua: Del cine al Derecho Humano

José Alfredo Noguez Guzmán

El acceso al agua entendido como un derecho es un concepto de reciente aparición en nuestra historia. Ello no significa que el anhelo de acceder al agua no existiera. El anhelo ha estado no así una construcción de derechos en el cual inscribirlo. Antes que un derecho se construyó la imagen del agua como un beneficio. Ante del proceso de industrialización en los centros urbanos de México durante los sexenios de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y de Miguel Alemán Valdéz (1946-1952) el agua potable disponible para todos no fue una realidad palpable en pequeñas poblados y menos aún en lugares realmente pequeños y remotos. Aunque el suministro de agua a las grandes audiencias fue visible en varias películas del cine mexicano durante la década de los sesenta, setenta y ochenta, el surgimiento de la conciencia respecto al uso racional del agua inició hacia finales del siglo XX. Después de este periodo la preocupación se ha centrado en la disponibilidad del agua y de quién tendría acceso a ella. El acceso al agua se ha convertido en el foco de atención y en ese contexto se observó que las clases económicamente privilegiadas y grandes consorcios son quienes han sido el foco de los discursos de gestión pública que emergieron desde diversos niveles de gobierno. Sin embargo poca, sino es que nula atención se ha puesto en pequeñas poblaciones que aún existen en nuestro país.



En varias películas del cine mexicano se observan dinámicas sociales y económicas centradas en lagos, ríos, lagunas. *Redes*, *Janitzio*, *Pueblerina* e incluso *María Candelaria* tienen como telón de fondo concentraciones de agua que pudieran ser incluso elementos determinantes en el comportamiento y acciones de los personajes. Sin embargo, desde una perspectiva actual, el acceso al agua para consumo personal en las pequeñas poblaciones que fungieron como el centro de atención del cine de las décadas de los treinta, cuarenta e incluso buena parte de los cincuenta, no se dio. El acceso y consumo de agua fue contundentemente representado en términos de problema importante en la película *Río Escondido*, presentada en 1948, se observa en el guión de Emilio Fernández y Mauricio Magdaleno un telón de fondo donde varios aspectos son la tarea a resolver por parte del proyecto de gobierno federal bajo el sexenio de Miguel Alemán. Si bien la idea de alfabetización y educación articula en torno a sí el abandono, la miseria, el despotismo y el machismo, la falta de acceso a la poca agua que hay en el poblado, sirve para enmarcar los diversos hilos imbricados en torno a lo que en la actualidad es considerado un derecho humano.

La película puede leerse desde diversas perspectivas y si bien asistimos a una especie de apología del proyecto modernizador Alemánista, se entretejen referentes que fueron definiendo una especie de identidad nacional desde el sexenio de Lázaro Cárdenas. En ese contexto se inscribe una primera parte donde los espacios son los depositarios de la historia y fungen como un elemento que va articulando la construcción de una idea de nación. Los murales en Palacio Nacional de Diego Rivera, finalizados en 1935 insisten en conjuntar los referentes ideoló-

gicos para una población. Es la niñez presentada como el conjunto de "almas limpias" que habrá de forjar el futuro de la nación. La referencia de la voz en off resulta relevante ya que será en un niño en quien se concrete la barbarie de negar el acceso al agua. Ese niño realizará una acción muestra de la desesperación y de quien ante la posibilidad de obtener agua para la sobrevivencia entiende que nada tiene ya que perder. El impacto visual de la miseria retratada se intensifica cuando los niños son afectados con enfermedad, analfabetismo, orfandad, y muerte.

El presidente de la república encomienda al personaje de Rosaura, una tarea que excede su papel de maestra rural. La intención es conjuntar la voluntad de maestros y médicos con la voluntad presidencial de atender los problemas de México; el campo no produce lo que el país consume, terror generado por políticos corruptos lo cual redundaba en el abatimiento de la economía, núcleos humanos analfabetos, entre otros. La idea del proyecto Alemánista es llevar salubridad y enfrentar la carencia de agua, de carreteras y de caminos vecinales.

Río Escondido representa un poblado muy alejado, el lugar más cercano se encuentra a cuatro horas de camino. La desolación, la miseria, el abandono, las condiciones casi infrahumanas mantienen a los pobladores sometidos a la voluntad tiránica del presidente municipal. La poca agua no alcanza a mitigar la necesidad del líquido de toda la población. La otra fuente de agua que existe en el pueblo pertenece exclusivamente al presidente municipal y él utiliza esta agua para sus caballos, los cuales guarda en lo que fue la escuela, y también la utiliza para su uso personal. Los habitantes asumen que este orden de cosas es imposible de ser modificado

y no se plantean en ese momento el acceso al agua como un derecho inalienable. Esta narración emerge con un efecto acumulativo donde a cada instante la insultante miseria y abandono se intensifican con las tomas realizadas por Gabriel Figueroa. Parajes poblados por el polvo y el sol sofocante. Se observa un sitio donde prácticamente nada existe. No hay escuela puesto que esta se utiliza como establo de los caballos del presidente municipal, el templo al igual que la escuela y de hecho el resto de las construcciones se encuentra en ruinas, la personas mueren de hambre y/o víctimas de viruela. En ese contexto la muerte resulta casi convencionalmente frecuente.

Catorce minutos de contexto para enfrentar al espectador a una escena descarnada por la fuerza del problema que atiende. Se observa a un grupo de mujeres con sus cántaros de barro de aproximadamente tres litros, agrupadas ante un pequeño surtidor de agua común para toda la pequeña población de Río Escondido que se encuentra al lado de la parroquia. Estas mujeres refieren que a lo largo del año no hay lluvia y que la poca agua del aljibe comunal debe ser procurada de tal forma que mitigue en algo las necesidades de todos los pobladores. El único que no queda sujeto a tal limitación es el presidente municipal quien se ha adueñado no solo del otro aljibe para su uso personal, sino de todos los caseríos y más aún, de las voluntades de toda la población. La única ley imperante es la suya. El punto límite llega en el momento donde escuchamos y leemos en el rostro de las mujeres, el terror que les genera saber que “se acabó la última gota de agua”. Ante la imposibilidad de acudir a ningún orden de gobierno para enfrentar esa realidad sólo resta acudir a la iglesia para escuchar en voz del cura el derecho que tienen

a reclamar agua. Subyace en la intervención del sacerdote la idea de concebir el acceso al agua como derecho que no puede quedar alienado a la voluntad de una persona, por muy representante de un supuesto orden y progreso que si bien se está construyendo en el discurso oficial federal, a ellos no llega ni siquiera en su enunciación.

Las mujeres son la personificación tanto de la problemática como de la búsqueda de solución. Ellas sacan al santo en una peregrinación rogando a la divinidad por el milagro de tener agua de lluvia. Es a ellas a quienes un pasante de medicina instruye hervir el agua para evitar enfermedades. Sin embargo contra argumentan que al hervir la poca agua que obtienen se perdería una cantidad considerable por la combustión. La crudeza se intensifica cuando aparece uno de los niños de la escuela tambaleándose, y cae por haber consumido pulque a falta de agua. Esto reafirmado por el cura. Acto seguido, ante la desesperación y a pesar de la amenaza del presidente municipal de matar a quien le “robe” agua, un niño de aproximadamente 11 años, uno de los tantos que la maestra Rosaura acogió bajo su instrucción, decide ir a tomar agua del aljibe. El niño es asesinado por un enloquecido presidente municipal, quien no denota ningún precepto de humanidad y orden respecto a los demás. La caída del cacique no fue por la muerte del niño, aunque se entiende es por la acumulación de atrocidades que había acumulado a lo largo de años.

A setenta y seis años de distancia, setenta y seis el acceso al agua sigue siendo una pendiente, agravado por una mayor demanda y por un manejo igualmente caciquil. Hoy no es un Don Regino sino entre otras grandes corporaciones

que acaparan cantidades ingentes de agua en perjuicio de poblaciones enteras. Hoy se da paso a procesos donde el acceso al agua será para aquellos que puedan pagarla. Habrá que recuperar de la película Río Escondido no solamente el punto de un problema sin solución sino también el precepto básico de vencer voluntades mezquinas a partir de la lucha y organización o en palabras de la maestra Rosaura “[t]enemos que empezar, por donde hay que empezar”, y si a veces es necesaria una solución un poco bárbara “pus se les quiebra”, diría el personaje de Poncianito. Entendido en un sentido figurado habrá que quebrar resistencias, voluntades, mecanismos y para ello el cine mexicano de mediados del siglo XX tiene aún mucho que decir a las audiencias actuales.

José Alfredo Noguez Guzmán. Estudió Lengua y Literatura Modernas Inglesas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM con especialización en Crítica Literaria. Los campos de interés académico son; Literatura escrita por mujeres británicas y norteamericanas del siglo XVIII y XIX, representación de las relaciones erótico amorosas de la homosexualidad en la literatura Inglesa y Norteamericana de finales del siglo XIX y XX. Se ha desempeñado como Profesor de asignatura en Literatura Norteamericana, y metodología para la enseñanza del Inglés como Lengua Extranjera. Asesor Técnico Pedagógico a nivel de Educación Básica durante más de veinte años y como profesor de lengua. Ha participado en diversos foros y estadias en los Estados Unidos de Norteamérica. En diciembre de 2019 postuló para obtener la Certificación por parte de Cambridge Assessment, en Metodología para la Enseñanza del Inglés.

